

Edgar Zúñiga: una práctica escultórica a fines del siglo XX

Suplemento Cultural n.º 54;
agosto 1998



Edgar Zúñiga forma parte de una familia con tradición escultórica en Costa Rica: Manuel su padre, Consuelo su madre, Francisco su tío, su hermano Franklin estuvieron o están ligados con ella desde siempre. En el mes de julio expuso en la Galería Echandi, en San José, su serie Secuelas del poder, lo cual nos ha ofrecido la ocasión para entrevistarlo y conocer más sobre su trabajo.

Yo llego a la escultura de manera natural. Crezco en un hogar en donde estoy rodeado de imaginería religiosa. Mi madre, doña Consuelo, ha sido toda la vida una artesana de pasitos, de

nacimientos, y mi padre fue un escultor de imaginería religiosa. En las vacaciones de la escuela y del colegio yo tenía que ayudar a la familia y es cuando empiezo a armar niños, a esculpir reyes, a poner barbas y coronas... y luego a pintar partes delicadas de las figuras: los ojitos, las orlas; y fue así, de una manera natural, que fui llegando a la escultura. A los dieciséis años tomé mayor consciencia y la decisión clara de dedicarme a la escultura y así se lo hice saber a mi padre, quien me dio un lugar para trabajar en un sitio que él tenía previsto para un gallinero. Papá me trajo de San José (en donde tenía su taller principal), en el año 1966, un camión lleno de maderas, un banco de carpintería, unas gubias, mazos, modelos y un par de encargos. Me dijo: «Bueno, para Semana Santa hay que hacer este San Pedro y este San Pablo» y yo empecé a hacer imágenes



modeladas en arcilla para luego pasarlas a pasta madera. Así me inicié y me introduje en la escultura religiosa por casi quince años.

Sin embargo, paralelamente, siempre tuve la inquietud de hacer una obra personal y me interesaba por conocer el trabajo de grandes artistas: leí y vi imágenes de la obra de Picasso, de Rondín, de Donatello, porque mi padre tenía una buena biblioteca. Hice imaginaria religiosa hasta el año ochenta, cuando incliné mi intención por una escultura más personal, aunque seguí con lo religioso, porque ese era mi *modus vivendi*.

En esto también influyó el hecho de que, durante la década de 1970, me involucré plenamente en la vida política de mi país y, hacia inicios de la década de los ochenta, esa lucha se fue orientando más y más hacia el trabajo cultural. Esta actividad política acrecentó en mí la necesidad de decir; mis primeros trabajos personales, los de entonces, tenían una fuerte carga política; como herencia de esa época yo podría decir que me quedó una clara postura ideológica que me orienta en qué es lo que quiero decir. Esa actitud reflexiva incluso se ha ido acentuando con el tiempo. Antes era más espontáneo y ahora, aunque mi trabajo sigue siendo expresión de una fuerza vital, es producto de una

reflexión más elaborada y madura. Sigo siendo, sin embargo, un militante a través de mi obra.

Esta reflexión que me lleva a mi trabajo actual es hoy más matizada y compleja. Sigo creyendo en el hombre, sigo teniendo fe en que podemos superar los retos que hoy nos plantea la globalización y la amenaza de nuestras identidades. En mi trabajo personal estas ideas se plasman en algunos ejes centrales. En primer lugar, en la preocupación por la recuperación de nuestros valores. Esto a mí me parece algo urgente, porque sin ellos no tenemos un cuerpo como grupo social que nos permita proyectarnos al futuro. Por otro lado, en mi trabajo también se plasma una idea de resistencia a un proceso de globalización que parte de la necesidad de acumulación de la riqueza; para oponerse a la globalización hay que apoyarse en nuestros valores culturales y fortalecerlos.

En esta reflexión y en estas aspiraciones estoy bastante solo en el país. En el medio sigue predominando el hacer una escultura complaciente y preciosista de carácter tradicional. Cuando digo tradicional no me estoy refiriendo a la técnica, pues yo mismo hago una escultura bastante apegada a lo tradicional en este sentido, sino a la intención. Pareciera que hay



más avance en la pintura que en la escultura, porque en aquella preocupan más las ideas y la necesidad de expresarse, que el deseo de agradar o embellecer sitios. Yo tengo más comunicación en este campo de las ideas con los escultores jóvenes, con quienes me siento más identificado.

Pero, para ser más preciso, hoy en día no se trata de estar en contacto y relación solamente con los artistas del propio gremio, en este caso la escultura, pues cada vez la frontera entre las artes es menos marcada. En este sentido, yo me siento cada vez más liberado; aunque me he formado y he sido fundamentalmente escultor, cada día me siento más tranquilo de poder echar mano de otras técnicas y de otros materiales que no son los que tradicionalmente ha utilizado la escultura. En la actualidad, independientemente del material que utilice, he aprendido a respetarlo; con esto quiero decir que he descubierto que cada material tiene su propio lenguaje, su propia energía y dice cosas especiales; yo trato de buscar ese *querer decir* y no utilizarlo indiscriminadamente.

Para poder llevar adelante todas estas ideas, todas estas búsquedas, hace siete años que me dedico plenamente a la escultura personal. La imaginería la dejé, pues comprendí

que o era empresario o era artista y corrí el riesgo de vivir de mi trabajo personal. El período en el que hice imaginería me permitió crearme una cierta infraestructura: un taller, un espacio, una maquinaria, que tal vez me hubiera sido muy difícil de construir hoy, pues la venta de la escultura no es estable, aunque me permite vivir dignamente.

Debo decir que algo que me ha ayudado a crecer en mi trabajo artístico son mis viajes al exterior. Últimamente he salido bastante; este año he estado en tres simposios y estaré en dos más en lo que resta del año; en abril estuve en Tultepec, México, y luego estuve en San Diego, California; a finales de julio estaré en Sao Paulo y luego pienso ir a México nuevamente. Todo esto, además de significar una experiencia y de dejar obra propia en parques, avenidas y diferentes espacios públicos en distintos países, también enriquece la trayectoria y el currículum del artista, lo cual también es importante para el mercado interno.

Actualmente tengo una exposición de esculturas en la Galería Echandi de San José, que lleva por título *Secuelas del poder*, y estoy preparando un proyecto para Sao Paulo. *Secuelas del poder* es una reflexión sobre algo que me alarmó mucho: las pruebas



Licencia Creative Commons
Atribución-No-Comercial
Sin Derivadas 3.0 Costa Rica.

nucleares en Pakistán, porque la llamada amenaza nuclear parecía estar conjurada y, de pronto, en el momento menos esperado, surge de nuevo, lo que me hizo pensar en el fundamentalismo, en el sectarismo y en las actitudes reaccionarias de algunos grupos de poder en la India y Pakistán. El poder y sus secuelas (violencia, guerra, genocidio) los vivimos cotidianamente. Esta exposición es una *instalación* sobre todo este tema.

Tengo otro proyecto que me tiene muy entusiasmado: como consecuencia de un terremoto, la iglesia del pueblo de Puriscal se cayó y se destruyó su altar mayor; el mármol que quedó de ese altar lo he obtenido por medio de trueque y lo estoy trabajando. Debo admitir que a mí el mármol no me gustaba para trabajar, sobre todo porque me recuerda la estatuaria de los cementerios y porque no es un material nuestro, pero aquí me simpatizó por el hecho de que proviene de un altar y este, de alguna manera, se podría decir que «guarda» la memoria de tantos que han llegado a orar, a llorar o a explayarse frente a Él. Diría que yo estoy tratando de desentrañar esa memoria de todo lo que ha visto ese mármol. A lo que aspiro con mi escultura es a inquietar; no pretendo

que a través suyo pueda cambiar el orden imperante, ni hacer una revolución ni nada por el estilo. Yo hablo con vehemencia y pudiera pensarse que pienso que puedo transformar el mundo que me circunda con mi trabajo artístico y no es así; yo sé que, en este sentido, es muy limitado lo que puedo hacer. En última instancia, la resolución de los problemas sociales requiere más que una escultura, un poema o, en general, una obra artística, aunque esta sí coadyuva, sobre todo en la parte espiritual.

Ya hace muchos años que estoy claro en que la escultura o, más en general, la expresión plástica es mi proyecto de vida. Estoy inmerso y me encuentro dedicado a ella. En lo que respecta a los estilos no me preocupan mucho. Yo sé que siempre existe una presión del mercado que se inclina más por unas que por otras formas de trabajar. En mi caso me encuentro en constante cambio y creo que mi obra ha estado en constante evolución, aunque sí reconozco que hay un hilo conductor basado en una concepción ética de aproximarme al mundo: un deseo de justicia, de equidad y de emancipación. Creo que ese es el corolario de mi obra.

